

La Iglesia africana afronta el año 2000

Manuel Portillo

D. Misiones y Ecumenismo de Sevilla.

Asistió como informador al Sínodo Especial para África.

El Sínodo Especial para África (SA) es el acontecimiento más importante del siglo para la Iglesia de África. Se trataba de poner los problemas de África en el centro de la Iglesia para que su voz tuviera eco universal y recibiera la atención debida a los problemas de los más pobres. Sin embargo, un acontecimiento comparable a las Asambleas de Medellín o Puebla ha pasado desapercibido en España. Tenía razón Rakotondravahatra (Madagascar): «los grandes medios de los países ricos hablan de África sólo con ocasión de masacres, epidemias, cataclismos, carestías, a través de transmisiones que se nutren de la muerte en directo. África no es más que el escenario de la así llamada ayuda humanitaria reservada a salvadores que vienen del exterior. Esta Asamblea Especial afirma, frente a la injusticia de tal visión de las cosas, que no se trata sólo de injerencias humanitarias sino, sobre todo, de un deber de justicia».

El Sínodo es un punto de inflexión en la historia de un cristianismo que resurge en los siglos XIX y XX y pasa de 750.000 católicos en 1900 a 96 millones, además de 113 millones de cristianos de otras confesiones. Es el paso de la misión de África a la Iglesia Africana, como demuestra la evolución de los obispos africanos: los dos primeros fueron nombrados en 1939, hoy son 383. Pero

no es sólo un crecimiento cuantitativo: Juan Pablo II ha reconocido que «África es la nueva patria de Cristo».

La preparación duró cinco años y habrá dos fases, una en Roma, del 10 de abril al 8 de mayo, y otra en varias zonas de África, donde el Papa presentará los resultados. La comisión encargada recibió las respuestas de todos los países y formó los cinco temas del SA: evangelización, inculturación, diálogo, justicia y paz y comunicación.

La evangelización en África ha sido muy intensa, como lo demuestra el desarrollo de las iglesias locales y la impresionante africanización del clero: en 1933, 281 sacerdotes eran africanos y 3.539, extranjeros, hoy, 12.444 son africanos y 11.341, extranjeros.

Pese a un fenómeno tan explosivo, existen carencias y problemas nuevos que abordar con urgencia: África cambia de fisonomía, el hombre africano ya no vive en la selva. El éxodo a los suburbios de las ciudades representa un éxodo de las culturas tradicionales a la cultura moderna. El africano pasa vertiginosamente por etapas que en otros pueblos han durado siglos. En esta situación, la juventud requiere una atención especial que le ayude a comprender la transición cultural y a orientarse en la confusión de valores.

Se trata de evangelizar zonas o problemas nuevos, y en situaciones de conflicto donde la «justicia y la paz deben ser el enfoque de la evangelización», pues «la promoción humana no es un aspecto incidental de la evangelización, sino su médula» (Kpakala, Liberia).

En segundo lugar, la *inculturación* o encarnación del evangelio en la cultura africana. Se ha insistido en la importancia de los valores africanos: «el africano reivindica la posibilidad de un reconocimiento del matrimonio tradicional por parte de la Iglesia» (Mkhorí, Malawi).

El seguimiento de Jesús no se realiza para el africano más que en los caminos de la africanidad. Así lo expresa Hanshiku (Namibia): «nuestro pueblo ha abrazado a Cristo y a su Evangelio, pero Cristo ha sido presentado a nuestro pueblo de manera que lo ha alejado de la cultura popular. Ahora ellos quieren que les ayude a descubrir su identidad africana».

La inculturación afronta el reto apasionante de una «nueva inteligencia de la fe» desde una cristología africana liberadora y de una nueva inteligencia del hombre africano donde el individualista *cogito ergo sum* occidental es reemplazado en África por *somos, por lo tanto, soy* con mayor potencial de fraternidad (Kpakala, Liberia).

DÍA A DÍA

El tercer reto es el *diálogo* con las otras Iglesias, con los creyentes de las religiones tradicionales y con un Islam que crece con ímpetu y dificulta la libertad religiosa en algunos países. En Sudán hay una cruel persecución contra los «infieles» cristianos y de otras religiones, que ha sido condenada por la ONU. En Argelia, la Iglesia «se enfrenta a una prueba», pero «no justifica un abandono de los intentos de diálogo, por el contrario, muestra la urgencia de un reconocimiento recíproco» (Teissier).

Pero otros signos son positivos: en Sierra Leona, «muchos sacerdotes provienen de familias musulmanas»; en Níger, «los movimientos juveniles como JEC (Jóvenes Estudiantes Creyentes), JOC (Jóvenes Obreros Creyentes), Scouts, etc., unen a cristianos y musulmanes» (Romano). En cualquier caso, «el Islam no debe ser considerado como un rival o enemigo, sino más bien como el gran desafío que será lanzado a la Iglesia universal en el próximo siglo» (Gagnon, Argelia).

Un gran reto es *justicia y paz* en un continente azotado por divisiones internas creadas por la colonización y por un orden internacional injusto. «A nivel internacional, el continente se encuentra abandonado a su suerte. La imagen que mejor se ajusta al África de hoy es la de un herido abandonado a orillas del camino después que han pasado los bandoleros» (J. Thomas, Sup. Mis. Scheut). De ahí las denuncias del SA en nombre de África, la llamada a las Iglesias del Norte, a los Gobiernos y a todos los hombres. Escuchemos sus voces:

Contra los estragos del hambre: hay que afrontar la situación de los niños, «cuatro millones de ellos mueren cada año a conse-

cuencia de enfermedades derivadas del hambre» (De Jong, Zambia).

Por la democracia: hay que poner a los cristianos, a los dirigentes africanos, a las potencias occidentales «frente a sus responsabilidades para que terminen las dictaduras en África, para su transformación socioeconómica y política y para el advenimiento de regímenes más humanos y justos» (Bamungwabi, Zaire).



Vincent Van Cogh, *Los primeros pasos* (fragmento).

Contra el comercio de armas que aumenta: «armas químicas e incendiarias, cañones de largo alcance, cazabombarderos supersónicos. Con conciencia de la situación infernal que viven nuestros países, propongo que el SA en cuanto tal, y dado el peso que tiene, suplique a los beligerantes que pongan fin a las hostilidades y diga a los fabricantes y a los proveedores de armas, en forma clara y decidida: denunciamos vuestro cinismo y vuestra crueldad. Dejen de proveer armas a los africanos, porque con ellas se están matando recíprocamente. Ustedes son culpables de la atrocidad de las guerras fratricidas, paren inmediatamente cualquier provisión de armas» (Costa, Angola).

«La deuda externa de los países subsaharianos es impresionante:

185.000 millones de dólares, más del 110% de nuestro PNB. El pago de una mínima parte de los intereses está sofocando las frágiles economías de nuestros países, poniendo en peligro nuestras jóvenes democracias y causando sufrimientos enormes a los pobres». Los indicadores económicos y sociales bajan a causa de la caída «en la trampa de la deuda: en 1980, 56.000 millones; 1985, 98.000; 1990, 172.000; actualmente, 185.000

millones de dólares. El problema de la deuda no es un tema simplemente económico. *Es una cuestión ética*, en cuanto que se trata de un problema profundamente humano que va a incidir en el bienestar de las familias, la supervivencia de los pobres, los vínculos comunitarios, la certeza del futuro» (Mazombwe, Zambia).

Por ello «exhortamos a las Iglesias de Europa y América a ejercer mayor presión sobre sus Gobiernos para que promuevan con mayor decisión la implantación de un nuevo orden económico mundial, más humano y menos destructivo»: Urgentemente «tendría que desarrollarse un movimiento positivo para aliviar la aplastante deuda» que sería «una esperanza para millones de oprimidos de África» (Adelakun, Nigeria). ■